

se habian metido en la barca sin que los echasen de ver las cinco guardas que en ella hacian cintinela, ni las demás de la fortaleza; porque los unos y los otros se durmieron y descuidaron demasiadamente. Todos los de la barca, y más el padre Comisario y su compañero y el agustino, se holgaron en extremo de verlos, y no fué poco reida la burla y engaño que hicieron á los oficiales reales; porque la tarde ántes, por más disimular, fué el uno desde allí desde las ventas á la Veracruz, (que como dicho es, está de allí cinco leguas), á traer su hatillo, con que los descuidó y desveló pensando que se iba de hecho, pero volvió aquella noche, á tiempo que con el otro pudo pasar, y pasó en la canoa y se metió en la barca, sin ser sentido de las guardas como dicho es.

Habian hecho á posta, y muy de propósito, en lo mas alto de la popa de la barca, un camarote en que durmiese el padre Comisario, y dentro dél una secreta; durmió en él dos noches, y, por ser muy estrecho, y estar en lugar tan alto, é ir la barca dando grandes vaivenes y cabezadas, se almareó de tal suerte, y cayó enfermo tan de golpe, que fué necesario sacarle de allí y bajarle abajo, junto á la caña del timon, donde debajo de otra cámara grande, sobre unos cueros, se le hizo la cama y fué todo el viage, que fueron veintisiete dias, perdida totalmente la gana de comer, mas muerto que vivo; en aquella mesma cámara, que tomaba todo el ancho de la barca, dormian tambien los demás frailes, excepto el agustino, que se pasó al camarotillo de arriba, y allí asimesmo se entraban á dormir de noche los mozos y algunos marineros, y se recogian cuando venian los aguaceros, y por allí pasaban á ca-

zar y largar las escotas de la vela mayor; y á todo esto era menester callar y tener paciencia, porque ni ellos podian hacer ménos, ni los frailes tenian donde estar, sino en aquel puesto, por ser el mejor ó por mejor decir el ménos malo de la barca. La provision que el padre Comisario y su compañero llevaban era muy poco ó casi nada, porque no les dieron regalo ninguno, chico ni grande, ni cajeta, ni conserva, ni ajos, ni cebollas, ni plato, ni escudilla, ni panizuelo, ni jarro, ni olla, ni garbanzos, ni lentejas, ni ninguna otra cosa de las que son menester, y se suelen llevar en navegecion tan larga, mayormente siendo ya víspera de cuaresma; que cierto que á todos daba que decir, ver la inhumanidad con que los trataron aquellos ministros y oficiales del Virey, habiéndoles él mandado que proveyesen lo que fuere menester, pero á ellos les pareció que estaba todo muy bien proveido con un poco de bizcocho que dieron, tan negro y tal, que aun los marineros no lo quisieron comer, y con una poca de harina, que no sirvió de nada, y seis carneros, y cuarenta aves de Castilla, entre chicas y grandes, dos botijas de vino, una botijuela de aceite, con otra de manteca y un poco de pescado seco. Los de la barca aun iban mas mal proveidos, porque no tuvieron tiempo ni lugar, ni se les dió, para tomar lo necesario, tal fué la prisa que los dieron, y por esto ayudaron á gastar el matalotage del padre Comisario, y así se acabó muy presto; pero remedió el Señor estas necesidades, con algunos regalos y comida, que llevaba el agustino, los cuales él repartió con los demás frailes con mucho amor y caridad, con lo cual, despues de Dios, pudieron sustentarse y pasar sus trabajos y infortunios, que no fueron pocos, como adelante se dirá. Fué provi-

dencia de Dios el venir aquellos dos frailes en la barca y que entrasen en ella á pesar de los agentes del Virey, porque solos ellos dos quedaron en pié, sin almarsearse, y así pudieron acudir y acudieron á dar de comer y al regalo del padre Comisario y de su secreatrio, que iban almareados y enfermos, con los regalos del augustino, que tambien iba enfermo.

Volviendo á la navegacion que hacia la barca, luego, como pasó de las Cabezas y salió de aquel peligro, sobrevino la noche, y, habiendo caminado un gran rato, calmó el viento y anduvo lo restante de la noche de una parte á otra sin ganar tierra ninguna, antes cuando amaneció, miércoles diez y siete de Febrero, se halló el piloto tan cerca del puerto de San Juan de Ulúa, donde el dia antes habia salido, y con tan ruin tiempo, que estuvo ya casi determinado de arribar. Pero sobrevino á este punto un viento brisa, con el cual fué caminando hácia el Norte, hasta el sábado, yendo siempre la barca á la bolina.

Sábado veinte de Febrero, por la mañana, calmó aquel viento, hasta la tarde, que acudió Norte, con el cual dió el piloto hácia la Habana, y el domingo en la noche se halló en la altura de unos bajíos llamados los Negrillos, paso muy peligroso, y por huir de ellos, ó porque él lo quiso así por su interés, ó por no saber más, comenzó á arribar con la barca hácia la costa de Campeche ó Yucatan; y, aunque luego, el lunes por la mañana, tornó con el mismo Norte á seguir la vía hácia la Habana, pero por lo mucho que se habia declinado no pudo volver á ponerse en la altura donde antes habia llegado, por lo cual, y porque refrescó más el Norte, tornó á arribar hácia Campeche; y así, el miércoles de

mañana, veinticuatro de Febrero, se halló á vista de la tierra de Yucatan, hácia el rio que llaman de Lagartos, que es un puerto de aquella costa, y por no saber el piloto los puertos de aquella costa, ni sus entradas, no se atrevió á acercarse á la tierra, sino dió vuelta, la costa abajo, en busca del puerto de Campeche, yendo corriendo todo aquel dia de Oriente á Poniente y llevando siempre la tierra á ojo, dos y tres y cuatro leguas de ella, con un Norte muy recio, que llevaba la barca á la bolina; al anochecer encontró la barca con el navichuelo que habia salido con ella del puerto, el cual, con la misma ocasion del Norte, iba arribando en busca de la misma tierra de Campeche: holgóse cuando supo cuán cerca estaba della, porque hasta entónces no la habia descubierto, por ser como es toda tierra muy baja, y así dió la vuelta con la barca, y por ser su piloto práctico en aquella carrera y costa, le tomó el de la barca por guia, y le comenzó á seguir, ofreciéndose él de ponerle otro dia en el puerto de Campeche, donde decia que era bien esperar la conjunction y ver como entraba la luna y hacer conforme á lo que descubriese; pero aunque esto se trató así, y era lo más acertado, no tuvo efecto en la barca, porque, aunque jueves veinticinco de Febrero, dia de San Mathías, amaneció la barca sobre el puerto de Campeche, algo metida en la mar, queriendo virar para allá; se cambió el viento, y comenzó á ventar un terral ó Sur que la hizo volver la vuelta de la mar más que de paso; el navichuelo, por ser pequeño y llevar piloto diestro, habiase llegado aquella noche más á tierra, y así pudo tomar el puerto, en el cual se detuvo ocho dias, y se libró de la gran tempestad y tormenta que tuvo la barca (como adelante se dirá) por no seguirle de

veras. Este navio dió nueva del padre Comisario á los frailes del convento de Campeche, y ellos y los indios salieron á buscarle en canoas, pero en balde, y aunque se detuvo allí ocho dias, como queda dicho, llegó á la Habana un dia despues de la barca.

*De una patente falsa que en México y en la Puebla se publicó.*

Antes que pase adelante la barca con su Sur ó vendabal, será bien dar una vuelta á México y ver lo que por allá pasa, que sin duda se hallarán muchas cosas que decir y contar; pero de todas ellas no se dirá en este lugar más de una invencion que hicieron los declarados por descomulgados ó sus fautores, ó por mejor decir el demonio por ellos, y fué que en algunos lugares públicos de aquella cibdad, apareció una mañana una patente falsa y contrahecha del padre fray Alonso Ponce, Comisario general, firmada de su nombre, y sellada con el sello mayor de su oficio, en la cual estaba escrito lo que ellos quisieron inventar para hacerse inocentes y justificarse con el mundo, y culpar y condenar al dicho padre Comisario; y porque se vea cuán mal ordenada iba esta patente, y cuán fácilmente se puede entender, del contexto della, no ser de quien ellos la hacian, pareció ser bien ponerla aquí al pié de la letra, sacada de una que despues vino á manos del padre Comisario, y dice así:

«Fray Alonso Ponce, etc., digo: Que á mi me em-

barcan, como á todos consta, para España, y que yendo por el mar voy en evidente peligro de muerte, y así, temiendo el ir á dar cuenta á Dios, movido de escrúpulo de mi conciencia y para descargo della, declaro que las descomuniones que puse y mandé poner en la cibdad de los Angeles y cibdad de México, y otras partes, nunca jamás tuve ánimo ni intencion que ligasen á los que nombraba, sino que fueron puestas *ad terrorem*, por ser admitido en mi oficio, y así no guardé la forma del derecho que en tal caso se requiere guardar, para haberlas de poner. Por lo cual les suplicó á todos los frailes cristianos, de cualquier estado y condicion que sean, que mis papeles han visto, me perdonen el escándalo que se ha dado, y pido humildemente á todos que conozcan (como conocen y han conocido muchos años) á esta provincia del Santo Evangelio por muy religiosa y santa, y que en ella hay grandísimos siervos de Dios, que en esta tierra han plantado y han predicado la ley de Nuestro Señor Jesucristo, y, como á tales siervos suyos, los respeten y los honren y los reverencien, y los comuniquen, traten y hablen sin ningun escrúpulo, porque no le hay, pues no están ni han estado descomulgados. Y porque á todos conste, di esta, firmada de mi nombre, y sellada con el sello mayor de mi oficio, que es fecha en San Juan de Ulúa á diez y seis de Febrero de mil quinientos ochenta y ocho años.—Fray Alonso Ponce, Comisario general.»

Con la publicacion de esta patente, y creyendo que el padre Comisario iba ya de hecho á España de donde nunca mas habia de volver, (con que fuera muy difícil, y aun casi imposible, averiguarse la verdad de una falsedad tan grande y de un delito tan grave, como es fal-

sar las letras, firma y sello de su prelado general), pensaron aquellos religiosos que ya estaba todo llano, y que luego los españoles los habian de comunicar, quedando ellos victoriosos y santificados y el padre Comisario vencido y desacreditado; pero ordenólo el Señor de otra manera, y fué servido que la verdad, justicia é inocencia del padre Comisario, aunque absente, no pereciese ni se soterrase, porque mirando muchos y leyendo la patente sobredicha y no acabando de certificarse si fuese verdadera ó nó, llegó un secular y advirtió que no tenia doblez ninguno, ni señal de haberle tenido, y entendiendo por aquí su falsedad dijo á voces, que como habia venido aquella patente, sin doblar, desde la isla hasta allí, que son setenta leguas, y que si habian hecho alguna caja para llevarla así, sin doblez ninguno, dando á entender que allí en México se habia hecho; con lo cual, y con ver que no iba refrendada del notario del padre Comisario, como habian ido las descomuniones, ninguno creyó que fuese verdadera, y así quedaron los pobres más corridos y confusos, y el pueblo más indignado contra ellos; y no fué pequeña inadvertencia y ceguera no doblar aquella patente, antes de fijarla en el público, para que no se advirtiera en lo que se advirtió, pero la prisa con que la hicieron, y la gana que tenian de publicarla, no les dió lugar á advertir lo que el seglar hechó de ver. Otra patente como esta enviaron á la Puebla de los Angeles, la cual aunque iba doblada, porque la debieron de enviar de México, tuvo el mismo fin que la otra y hizo el mismo efecto, porque llegado á noticia del Obispo, la hizo traer ante sí y que se hiciese informacion si era verdadera ó nó, y hecha se averiguó ser falsa, porque en la firma del pa-

dre Comisario faltaban ciertos puntillos y no iba refrendada de su notario; y así no se dejaron de publicar por excomulgados, en aquella cibdad y Obispado, á todos los que el padre Comisario tenia declarados por descomulgados por sus autos refrendados de su notario. En México, por la tibieza y poco ánimo del gobernador del Arzobispado, nunca se publicaron en sus iglesias, más, con todo esto, pocos los comunicaban y ménos iban al convento de San Francisco, por solas las declaraciones del padre Comisario, y por saber lo que en la Puebla pasaba; aunque despues el provisor del mismo Arzobispado, por el mes de Abril, pronunció y predicó un auto, en el cual, respondiendo á lo que se le pedia por los agentes del padre Comisario general (que era que los hiciese publicar por descomulgados), dijo en conclusion, que presentándole el proceso jurídicamente hecho por el padre Comisario, en contumacia y rebeldía, de fray Pedro de San Sebastian y de los demás religiosos, sobre que hubiese podido caer y caido sentencia de excomunion, estaba presto de proveer justicia, y que en el entretanto que no se le presentaba, declaró no haber de ser denunciados por públicos descomulgados, ni como tales evitados del pueblo en el ministerio de sus órdenes y oficios, y las demás cosas divinas y humanas que entre los fieles cristianos hay comunicacion. Túvose por cierto, y así se decia, que por agradar á los hombres habia pronunciado y publicado este auto el provisor sobredicho, y ninguno de los letrados desapasionados dejaba de entender que habia sido injusto, y así lo decian. Desta manera andaban aquellos pobres frailes en las bocas y lenguas de todos, solo por salir con su intento y no volver atrás ni desistir de lo comenzado.

*De una gran tormenta que tuvo la barca en que iba el padre Comisario, y de como la libró Dios casi miraculosamente.*

Volviendo al viage que llevaba la barca en que iba el padre Comisario, yendo navegando, jueves veinticinco de Febrero, la vuelta del Norte y tierra de la Florida para poder despues virar hácia la Habana, largó tanto el viento aquella noche que rompió las bonetas de la vela mayor y trinquete, y tuvieron los marineros otro dia qué remendar. Amaneció el viernes, veintiseis del mismo, un dia muy triste, nublado y tempestuoso, amenazando con muchos relámpagos y otras señales de aguaceros, pero quiso Dios que se fué todo por otra parte, y que dello no alcanzase á los de la barca otra cosa más de la vista y el miedo que habian concebido. Prosiguieron su viage, con el mismo viento, hasta el sábado al medio dia que calmó y duró la calma hasta gran parte de la noche, que no poca pena les daba.

Domingo por la mañana, veintiocho de Febrero, ventó Nordeste, que aun no era por entónces bueno para dar vuelta á la Habana, por no haberse puesto la barca en la altura que era menester, y duró todo el dia. A la tarde acudieron por popa mucha suma de unos pescados que llaman toninas, las cuales son tan grandes como grandes puercos, y aun se les parecen en algo; es pescado muy simple y bobo, pero de grandisima ligereza, tiene el cuero sin escamas y como el del puerco,

al cual tambien parece en la asadura y hocico, tiene en la frente un agujero, por donde respira, y en los lomos y barriga unas aletas con que nada con la mayor velocidad que se puede decir; sale de cada uno destes pescados casi tanta sangre como de una vaca, y dicen que son especie de atunes; luego, como llegaron cerca de la barca, repararon muchos de ellos y andaban al rededor della, sacaron los marineros un harpon y hirieron uno, y en un momento le guindaron y subieron á la barca, y en viendo sus compañeros la sangre que dejaba en el agua, huyeron todos sin que quedase ninguno.

Algunos de los marineros tuvieron por agüero y mala señal la venida de tantas toninas, porque venia cubierta la mar dellas, y aun no faltó á quien le pesó que hubiesen muerto aquella, diciendo que otra vez habian muerto otra los de otro navío y que á otro dia se les habia perdido, temiendo que habia de ser lo mesmo la barca. Todo esto era supersticion y burlería; lo que se tiene por cierto es, que de ordinario vayan huyendo aquellas toninas del viento, cuando sienten alguna tempestad, y cuando más recias van anuncian mayor viento y tormenta, como se verificó entónces con lo que á otro dia sucedió á los de la barca.

Aquella noche ventó viento Sur, que era proprio para ir la barca su viage hácia el Norte, y con él caminó toda ella y otro dia hasta las tres de la tarde, habiendo tenido por la mañana algunos aguaceros, con que el padre Comisario y los demás frailes se mojaron muy bien, sin que bastase á defenderlos la cámara en que iban, porque se llovia toda. Cogieron los marineros aquella mañana un tiburón muy grande y poderoso, y hicieron dél algunos tasajos; son los tiburones pescado muy

feroz y valiente, tan voraz y gloton que espanta, tienen un vientre y estómago tan extraño, que todo cuanto echan de los navíos, y ellos pueden coger, se lo tragan, como huelan en ello sudor de hombre ó de otro cualquier animal; hánles hallado á algunos en los buches escudillas y platos, á otros les han hallado aforros de botijas, cuernos de carneros y de terneras y aun de vacas, y de la ropa que los marineros y pasajeros echan á remojar de los navíos, á la mar, afirmó al padre Comisario el piloto de aquella barca, que en un tiburón que habían cogido yendo en otro navío, le hallaron en el buche tres camisas de Holanda nuevas, y que él las había tomado y que aun traía entónces puesta la una dellas. El es pescado golosísimo en extremo grado, y acontece ir siguiendo un navío muchos centenares de leguas, hasta que puede hacer presa, y, como huelan al sudor sobre dicho, ninguna cosa desecha; ha sucedido echarle carnaza en un anzuelo, y romperle con él las medias quijadas ó agallas, y con todo eso volver luego á comer y quedarse asido, tal es su golosina; la boca tiene muy grande á medida del cuerpo, es ligerísimo, y por maravilla suelta la presa que afierra con los dientes. Aquel tiburón de aquel día, cogieronle los marineros con un lazo desta manera: echaron una poca de carne atada á un cordel por de dentro del lazo, y queriendo el tiburón cogerla (que luego acudió al golpe) ibanla tirando, y él tras ella, hasta que metió la cabeza y parte del cuerpo por el lazo, en el cual quedó preso, y en un momento le guindaron arriba y le mataron y hicieron dél tasajos, como dicho es, aunque con la tormenta todos ó los más se perdieron.

Aquel mesmo lunes de Carnestolendas, veintinueve

de Febrero, como á las tres de la tarde, habiendo pasado grandes nublados, turbacion de tiempo y acometimientos de aguaceros, yendo la barca navegando con un Sur ó vendabal deshecho, de improviso y repentinamente la acometió un Norte tan recio y furioso, que, aunque halló alguna resistencia en el Sur que la llevaba, al fin le venció y sujetó, pero muy á costa de la barca y de los que en ella iban, que á mal de su grado se metió en medio como para meter paz, y así ambos vientos descargaron en ella con tan recio ímpetu, que muy poco faltó para sumirla debajo de las aguas; habían quitado aquel mesmo día las bonetas de la vela mayor y del trinquete, y tomado la vela gavia y la cebadera porque iba el bauprés quebrado, de suerte que solamente llevaba la barca puestos los papahigos de la vela mayor y del trinquete, y con todo esto, fué la tempestad tan recia y repentina, que, ayudada del descuido del piloto, no dió lugar á los marineros á que pudiesen amainar ninguna destas dichas dos velas; quedó la pobre barca cercada por todas partes de montes altísimos de agua, de la cual le echaba el viento tanta cantidad dentro, que parecia ser un recísimo aguacero que caía del cielo, pero vióse que era agua de la mar porque era salada, como lo experimentaron los marineros en la que les caía en el rostro: no faltó quien dijo que se estuvo la barca queda un rato, sin menearse, metida en aquel abismo y hondura de aguas, aunque esto no parece que pudo ser, sino es por milagro, porque si no se meneara á una parte ó á otra, luego se sumergiera y anegara, estando como estaba cercada de aquellos montes, y siendo combatida de dos tan furiosos vientos, los cuales la tuvieron así, en medio, como dos horas, poco más ó

menos, peleando con ella á manera de manga ó huracán; y como los marineros no pudieron amainar las velas, largaron las escotas por mano, y quedaron las velas tendidas á la larga por el aire, sin poderlas los marineros en ninguna manera coger ni tomar, aunque trabajaron bien y hicieron todo lo posible, como quien veía la muerte al ojo y entendía que era menester ánimo, fuerza y diligencia. Pero nada desto les valió para remediar sus velas, porque como eran viejas y muy remendadas, en un momento se hizo la mayor menudas piezas, las cuales, llevadas por el recio viento, unas fueron á la mar y otras daban en las jarcias con tanta furia, que, como tambien eran viejas y gastadas, las hacían pedazos; de manera que la vela mayor se deshizo, y solo quedó della la guarnición y relinga. Era el ruido tan grande, y los golpes y estallidos, que daba la vela cuando se rompió, tales y tan recios, que verdaderamente parecía que se disparaba gran número de piezas de artillería, unas tras otras, como cuando muy aprisa es combatida alguna fortaleza. El trinquete tuvo el mismo riesgo y peligro, pero fué nuestro Señor servido que no se llevó el viento sino la meitad, por medio de alto á bajo, hecho asimesmo piezas muy menudas, dejando la otra meitad miraculosamente, como si lo cortaran con unas tijeras por el mesmo árbol arriba; con lo cual, y con la diligencia que se puso en el timon, y mayormente con la ayuda de Dios, que acudió en su misericordia y piedad, pudo gobernar la barca hasta tanto que pusieron un trinquetillo muy pequeño, que llevaba el piloto, de otro navichuelo que se le habia perdido, con el cual corrió la barca, lo restante del dia y toda aquella noche y parte del dia siguiente, por donde el viento la quería lle-

var, temiendo todos, por momentos, la muerte, y no desconfiando de la misericordia de Dios.

Veintitres personas llevaba la barca, diez y ocho seculares y cinco religiosos, y ninguno de todos, por más valiente y animoso que fuese, dejó de tener ya aquel dia tragada la muerte, entendiendo ser ya llegada; algunos lloraban á lágrima viva (como dicen), sin hablar palabra, otros mezclaban con las lágrimas suspiros y sollozos, y aun otros las acompañaban de palabras tristes y muy sentidas; entre los que lloraban y daban gritos, era uno un muchacho, hijo del piloto, al cual los religiosos procuraban acallar y persuadir á que se encomendase á nuestro Señor, y á que llamase á su Santísima Madre en la ayuda de todos; yendo este mocho en medio de tan grande angustia y tribulacion, vió que un religioso se quitó del cuello un *Agnus Dei* guarnecido en acero, para echarlo en el mar, por ser reliquia tan principal y estimada, y de tanto valor para semejantes peligros, y viendo que llevaba una cintilla de seda, de que el fraile le traía asido, olvidado de la muerte que tenía al ojo, y pensando que el *Agnus Dei* se habia de quedar en el agua, pidió con mucha instancia que le quitasen la cintilla y se la diesen, en lo cual se echó bien de ver su niñez y bobería. Echóse el *Agnus Dei* al agua, envuelto en un paño y atado á una cuerda y hicieron los de la barca algunos votos y promesas, así en comun como en particular, y entre estos votos fué uno que, en llegando á tierra, á la Habana, irían todos al convento y dirían una misa cantada á nuestra Señora, á la cual habia de predicar el padre Comisario, como despues se hizo. El capitán de la barca hizo asimesmo voto de tomar el hábito de nuestro Padre San Francisco, y finalmente, to-